

Aquella noche salí de casa bien abrigado y me dirigí al parque. Desde mi puesta en libertad había adquirido la costumbre de sentarme a fumar el último cigarrillo en una de las lomas, bajo el cielo raso, de modo que crucé la reja y caminé por el paseo principal. El otoño había sido suave hasta el día anterior, pero un frío intenso y repentino había desnudado las ramas de los árboles y cubierto el parque con una tupida alfombra de hojas. Ascendí la ligera pendiente de la ladera, elegí el tronco robusto del castaño como apoyo para mi espalda y me quité los guantes de lana para buscar un cigarrillo en mi chaqueta. Alisé con dos dedos su papel arrugado y lo prendí con una cerilla que apagué con el humo de la primera bocanada.

Al poco, mientras me enfundaba los guantes de nuevo, oí lo que entonces me pareció el rastrillo de un jardinero. Me volví hacia el lugar de donde provenía el ruido y, entre las ramas peladas de un tilo, vi a un hombre que cruzaba el parque por el paseo arrastrando los pies entre las hojas caídas. Caminaba con la mirada baja, el cuello encogido dentro de su bufanda y las manos hundidas en los bolsillos de un largo gabán negro. Con el pitillo colgado en los labios, contemplé los surcos que el caminante abría en la broza, como la estela de un barco al zarpar hacia América.

En aquellos pensamientos estaba cuando otro hombre (éste con sombrero claro) traspasó la reja y enfiló el paseo. Viendo su paso apresurado me pregunté cuál de los dos alcanzaría en primer lugar la puerta del extremo opuesto del parque.

Desde niño solía inventar competiciones de aquella naturaleza, conjeturando acerca de quién, de entre dos transeúntes escogidos al azar, rebasaría antes un determinado punto fijado por mí como meta. En ocasiones, yo mismo participaba de aquellos desafíos ilusionados, y varias veces me había encontrado llegando sin resuello a cualquier esquina sólo por hacerlo antes que algún otro peatón elegido como rival. Incluso durante el tiempo que pasé en la cárcel había logrado cierta distracción con estos juegos imaginando duelos entre mis compañeros de patio o, los días de viento, entre las nubes que divisaba desde la ventana de la celda.

Normalmente, el parque al anochecer no me ofrecía otro pasatiempo que el tratar de predecir qué pájaro echaría antes a volar de entre los posados en una rama. Sin embargo, la aparición de aquel veloz viandante

---

1 Cuento incluido en VVAA, *La lista negra. Nuevos culpables del policial español*. Madrid: Salto de Página, 2009.

del sombrero había transformado el paseo apenas iluminado por la luz tenue de las farolas en una rutilante pista de carreras. En ella, el del abrigo negro avanzaba lentamente, barriendo el suelo con sus zapatos como si no tuviera más destino que el paso siguiente, en tanto su perseguidor andaba ligero sobre el manto de hojas. Pese al trecho que los separaba, pronto supe que el del sombrero terminaría por alcanzar al otro, y me entretuve en tratar de adivinar el lugar en que lo rebasaría.

Al pasar frente al montículo en que yo me encontraba ya sólo había unos metros entre ellos. Entonces, sin detener su avance, el hombre del sombrero metió una mano en su chaqueta. Cuando la sacó, unos metros más allá, comprobé atónito que blandía en ella una pistola con la que apuntaba al del abrigo oscuro.

Intenté advertirle del peligro en que se encontraba, pero el miedo me atenazó impidiendo que la voz saliese de mi garganta.

Sí escuché al hombre del sombrero dirigirse al otro:

—¡Martín! — le gritó.

El del abrigo negro se giró al escuchar aquella llamada imprevista y, desconcertado por encontrarse frente a un hombre armado, se trastabilló cayendo de espaldas al suelo. Quiso decir algo, pero el otro avanzó unos pasos hacia él y le descerrajó dos tiros cuando apenas había comenzado a abrir la boca, dos disparos a quemarropa que estallaron en su pecho dejándolo tendido sobre la hojarasca. Luego, el hombre del sombrero pasó la vista alrededor para cerciorarse de que no había habido testigos del crimen.

Aunque la loma estaba muy oscura (por quedar apartada de la luz de las farolas), un segundo antes de que mirase hacia el lugar que yo ocupaba, me tiré suelo. Tuve la certeza de que algún crujido me había delatado al tumbarme, porque comenzó ascender la ladera en mi dirección. Asustado, arrojé el pitillo apuradamente para que su rescoldo no descubriera mi presencia, y me mantuve echado, inmóvil en la oscuridad, lamentando que el pánico me hubiera impedido apagarlo antes.

Suspiraba por que no prendieran las hojas sobre las que habría caído el cigarrillo cuando escuché a poca distancia el crujido de unas pisadas próximas. Recuerdo bien que, por encima del sonido del suelo apisonado, pude oír el de mi propio corazón, y que cerré los ojos con fuerza.

No volví a abrirlos hasta que cesaron los pasos, y entonces distinguí, tan próximos a mí que podría haberlos tocado con sólo estirar el brazo, los pies del asesino.

Sin apenas moverme para no hacer ruido, logré mirar hacia arriba y contemplar su rostro, pues pese a que el suelo estaba oscuro, las farolas del paseo alumbraban ligeramente su semblante. Sus ojos asesinos oteando el

parque bajo el ala del sombrero me helaron la sangre. Eran grises y penetrantes como los de un lobo.

Al bajar la vista de nuevo, aterrado, vi el cigarrillo algo más allá de los talones del hombre. Se apoyaba sobre la acícula de un cedro que se iba volviendo rojiza en contacto con la brasa humeante. Ya estaba persuadido de que iba a ser descubierto cuando, tras permanecer unos instantes más escudriñando el parque vacío, el asesino se alejó con el mismo andar furtivo con el que había aparecido.

Dejé pasar varios segundos hasta que me incorporé. Apagué la colilla, miré alrededor y, sólo cuando tuve la certeza de que se había ido, descendí la loma y me acerqué al hombre que yacía en el paseo. Me agaché y, con la esperanza de que siguiese con vida, busqué su pulso en vano. Iba a levantarme para acudir en busca de ayuda, cuando un tañido agudo hizo que me volviese hacia la entrada oeste del parque. Distinguí a un guardia que, sin duda alarmado por los disparos, se acercaba a la carrera haciendo sonar su silbato.

Todavía hoy no he encontrado una respuesta para lo que hice aquel día, aunque supongo que los horribles recuerdos de la cárcel se apropiaron de mi voluntad. Lo cierto es que, tras unos segundos de turbación, me levanté y escapé. Eché a correr a través de la arboleda tan rápido como fui capaz y salí del parque por una puerta lateral.

Anduve horas deambulando por las calles, aturdido por mi estúpida reacción y por el pánico que me había impulsado a huir. Era casi de día cuando llegué a mi casa, tiritando de frío y miedo. Tumbado en la cama, mirando al techo, intenté buscar una salida airosa a la situación en que mi absurda decisión de escapar me había colocado. Por una parte, deseaba mantenerme alejado de la policía; pero por otra me veía en la obligación de denunciar el crimen que había presenciado en el parque, puesto que mi declaración era fundamental para lograr esclarecerlo. Sólo yo lo había visto. Nadie más podía describir el rostro del asesino. Apenas lo había tenido delante durante unos segundos, pero recordaba aquella mirada de lobo como si hubiese podido contemplarla prolijamente. Además, era importante revelar que conocía a la víctima, pues había gritado su nombre (“Martín”, había dicho) antes de disparar.

Por la mañana, más tranquilo, salí de casa con la intención de declarar. Aunque no tuviera una explicación razonable que justificara mi actuación e incluso me pusiera en aprietos al situarme yo mismo en la escena del crimen, estaba convencido de que la única solución pasaba por contar la verdad.

Sin embargo, varias veces caminé frente a la comisaría y en todas esas ocasiones fui incapaz de traspasar su puerta. Me paralizaba el miedo, el

recuerdo de mi detención y de la noche horrible en el calabozo, antes de ir al juzgado y a la cárcel. Había sido recluido tres años por escribir unas octavillas satíricas y darlas a leer a otros profesores (“injurias y calumnias”, me habían forzado a confesar ante el juez). Lo intenté, pero todo estaba demasiado fresco. En mi cabeza permanecían vívidos los golpes, el olor húmedo del calabozo y el calor incontenible de los orines descendiendo por mis piernas cada vez que un grito me despertaba en la noche. Rebusqué en mi interior el arrojo que necesitaba para cruzar aquella puerta, pero no lo encontré y volví a mi casa.

Al día siguiente compré en el quiosco el diario local. Recogía en su portada la noticia de la trágica muerte del doctor Martín Elola y, bajo el titular, junto a la esquela con los detalles del entierro, acerté a leer que estaban buscando al hombre que había huido tras aparecer la policía, del que se daba una semblanza somera. Arrugué el periódico, horrorizado, y lo arrojé a la primera papelería que encontré.

Mi situación se había tornado comprometida, y no hallé más opción que relatar los hechos a la viuda del muerto. Sabía que resultaría trágico para ella, pero yo necesitaba moverme con urgencia. Planeé darle la descripción pormenorizada del asesino por si ella pudiese identificarlo y así poder acudir a la policía con el nombre del verdadero culpable. Para ello visité el cementerio a la hora del entierro, pero la presencia de un guardia uniformado en la puerta me disuadió y comprendí que nunca tendría los arrestos suficientes para enfrentarme a la muerte de Martín Elola. Estaba abatido y resolví huir adonde nadie pudiese reconocerme.

Con una pequeña maleta, compré un pasaje de tercera clase en un buque que, entre lágrimas y esperanza, partió esa misma tarde hacia América. Desafiando el frío, permanecí en la cubierta de popa hasta que el puerto no fue más que un punto en la distancia y, mirando la estela del barco, me sorprendí imaginando que eran surcos en la hojarasca.

Por mi condición de maestro no tardé en conseguir empleo. Tras un par de trabajos ocasionales en una academia, me ofrecieron una plaza en el colegio de secundaria de San Fernando de Maldonado. Me volqué en los chicos exponiéndome deliberadamente a su ilusión juvenil, buscando un contagio que nunca llegó, un remedio a las noches de insomnio en que los ojos de lobo venían a buscarme ocultos bajo el disfraz de cualquier ilusión onírica, mostrándose diáfanos y aterradores ante mí.

Durante mucho tiempo intenté convencerme de que sentía pavor ante los ojos del asesino. Sin embargo, nunca dejé de saber que realmente sentía pánico hacia mi propia cobardía, hacia aquella sensación física que me paralizaba por dentro y apenas me dejaba respirar.

Hubo algunas temporadas en que sólo esporádicamente recordaba el episodio del parque y era capaz de dormir sin sueños que me sobresaltasen en mitad de la noche. Pero el miedo habitaba dentro de mí como un parásito y siempre terminaba por regresar para dominarme. Entonces se desvanecía la tranquilidad y volvían las pesadillas.

Los doctores me habían concedido doce meses de prórroga, trece a lo sumo. El augurio me aterrorizó, no por la muerte en sí misma, inevitable al fin y al cabo, sino por la posibilidad de llevarme a la tumba el recuerdo de la lejana noche en el parque y tener que compartir la eternidad con el fantasma del miedo que vendría a despertarme cada noche para clavarme su agujón.

Así, entre mate y mate, en las muchas noches de insomnio y tribulaciones, me convencí de la necesidad de volver a cruzar el océano y relatar a la viuda la escena de la que había sido testigo tiempo tantos años atrás, revelarles mi secreto para poder apartarlo definitivamente de mi lado.

A pesar de transcurridos casi cuarenta años, el viejo recepcionista del hotel recordaba el crimen del doctor Elola. Por él supe que nunca habían capturado al asesino. Cuando di con las señas de la viuda, recorrí en su busca las calles de aquella ciudad que ya sólo reconocía en algunos detalles. Únicamente el parque, aunque rodeado ahora de torres residenciales, era el mismo que habitaba en mis recuerdos.

Ascendí la pequeña escalera y permanecí un instante ante la puerta. En cierto modo me avergonzaba traer con tanto retraso mis noticias y reabrir un dolor que ya debía de haber sido cauterizado por el paso del tiempo. Pero era yo quien precisaba restañar mi herida, así que pulsé el timbre y esperé con la cabeza baja, oyendo los pasos que se acercaban en el interior de la vivienda.

Al abrirse la puerta, vi unos zapatos de hombre en el suelo. Levanté la cabeza muy despacio, hasta encontrarme ante unos ojos grises de lobo que me miraban fijamente.

—¿Quién es, amor? —le preguntó la viuda del doctor Elola desde el interior de la vivienda.

Al oír la respuesta di media vuelta, descendí los peldaños temblando, y salí a morir a la calle.